

Obtuvo de su Santidad todo cuanto deseó; y habiendo fundado en Roma un convento, se embarcó para Siria. Arrojóle una tempestad á las costas de la Esclavonia, y se vió precisado á restituirse á Italia. Teniale inquieto el ansioso deseo del martirio; y movido de él pasó á España, con ánimo de embarcarse para la Africa, esperando siempre encontrar en los moros la corona porque suspiraba. En todas las ciudades por donde transitó dejó insignes pruebas del poder que Dios le habia concedido sobre las enfermedades, sobre los elementos y sobre la misma muerte, haciendo en todas milagros estupendos; pero por una larga enfermedad que le sobrevino se vió en precision de retirarse á Italia por la segunda vez. Fuése á su primer convento de nuestra Señora de los Angeles, donde perfeccionó su instituto con la adición de algunas nuevas constituciones. Desde allí se pasó al monte Alvernia donde el conde Orlando de Catania, que le veneraba como á su padre, le habia fundado un convento. Aquí pasó algun tiempo empleándole en las dulzuras de la contemplacion, y convirtió á un ladron famoso. De Alvernia se fué al Valle de Fabiano, otra soledad que tambien era muy de su gusto; y desde ella envió á sus frailes á las misiones de Francia, de Inglaterra y de Alemania, donde en breve tiempo vió apresurarse todas las ciudades por tener religiosos de S. Francisco, y por fundarles monasterios.

Habiendo muerto Inocencio III, despues del concilio general de Letran, pasó á Roma nuestro Santo para obtener de su sucesor Honorio III la confirmacion de su orden. Recibióle el nuevo pontífice con toda la ternura y con toda la veneracion que merecia tan ilustre santidad: confirmó la orden con una bula, y la concedió grandes y singulares privilegios. Con ocasion de este viaje á Roma se conocieron por la primera vez Sto. Domingo y S. Francisco, y estrecharon aquella santa hermandad que comunicaron los santos patriarcas á sus hijos en tanto bien y provecho de la Iglesia.

Cuando volvió á su convento de nuestra Señora de los Angeles, que fué el año de 1218, celebró en él aquel famoso capítulo general, que se llamó *el capítulo de las Esteras*, porque de ellas principalmente se levantaron en un espacioso campo las celdas necesarias para mas de cinco mil frailes que concurrieron á él, formándose otras de juncos y de ramos. No vió el mundo espectáculo mas asombroso ni de mayor edificacion. Comunicado el espíritu del padre á todos los hijos, se veneraron en aquel capítulo tantos santos como religiosos; y léjos de ser necesarias exhortaciones ni pláticas para encender el fervor, lo que dió

mas que hacer al cardenal Hugolino, protector de la orden y presidente del capítulo, fué moderar las penitencias de los que se escedian en las que prescribia la regla.

Despues que se disolvió aquella numerosa junta, tuvo noticia S. Francisco de que cinco hijos suyos, Fr. Pedro de S. Geminiano y Oton, sacerdotes, Fr. Berardo de Corbia, Ayuto y Acurso, á quienes el mismo Santo habia enviado á Marruecos á predicar la fe, habian recibido la corona del martirio. Con esta ocasion, movido de una santa envidia, se le volvió á encender su antiguo zelo y deseo. Partió, pues, para Siria, llevándose consigo algunos religiosos; y habiendo llegado á Damiata, se presentó al sultan, y con una intrepidez, digna de los primeros héroes cristianos, le declaró que solo habia venido para manifestarle la falsedad de la ley de Mahoma, y para enseñarle que no habia otro camino de salvacion sino la ley de los cristianos. Parecia consiguiente á una declaracion tan esforzada la corona del martirio; pero reservábele Dios para otro martirio de amor. Asombrado el sultan de la santidad de Francisco, enamorado de su conversacion, y mucho mas de la generosidad con que se negó á recibir los ricos presentes que le ofrecia, le colmó de honras y le despidió rogándole que le encomendase á Dios, pidiéndole que le alumbrase; y desconfiado el Santo de derramar su sangre por la fe, se volvió á embarcar para restituirse á Italia.

Retiróse al monte Alvernia, y no se sosegó hasta que renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado Fr. Pedro de Catania. Descargado ya de aquel peso, empleaba los dias y las noches en continua comunicacion con Dios, y en ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Hacia el fin de la cuaresma de S. Miguel, que hacia todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor, cuya memoria consagró la Iglesia con fiesta particular. Esta fué la impresion de las sagradas llagas en su santo cuerpo, al mismo tiempo que el fuego del divino amor abrasaba su corazon, y le trasformaba en un serafin de la tierra. Por mas cuidado que puso en ocultar á los ojos de los hombres aquellas señales del amor divino, la sangre que derramaban hacia traicion á su humildad, y desde allí en adelante todos le llamaban el patriarca seráfico.

Despues de este martirio del amor apenas vivia S. Francisco sino de milagro, y las continuas lágrimas que derramaba le debilitaron tanto la vista, que casi no percibia los objetos. Los dos años que sobrevivió á la impresion de las llagas no fueron mas que enfermedades molestas, dolores agudísimos, éstasis continuos, los que le acabaron de consumir, y Dios le reveló, en fin, el dichoso momento en que le queria premiar.

Luego que se divulgó la voz de que el Santo había tenido revelacion del día de su muerte, se escitó entre las ciudades vecinas una piadosa contienda sobre cuál de ellas había de poseer el precioso tesoro de su cuerpo; pero el mismo Santo sin tener noticia de lo que pasaba, se declaró á favor de la de Asís. Hallábase postrado en el convento de Fuen-Colomba, y mandó que le llevasen al de nuestra Señora de los Angeles, para cuya iglesia había alcanzado de nuestro Señor el famoso jubileo llamado de la Porciúncula, el que despues confirmaron tantos sumos pontífices, asignando para él el día de la dedicacion de la misma iglesia, cuna de la religion seráfica, y es el día segundo de agosto. Luego que llegó al convento, mandó que le quitasen la túnica, y que le tendiesen en el suelo para morir con la mas extrema pobreza á imitacion de su divino modelo Jesucristo, que espiró desnudo en el árbol de la cruz. Diéronle aquel gusto; pero al mismo tiempo tomó el guardian una túnica vieja y una cuerda, y se la alargó diciendo: *Doite de limosna este hábito como á un pobre; tómale por obediencia.* Obedeció el Santo; y viéndose cercado de todos los frailes, que se ahogaban en sollozos y se deshacian en lágrimas, levantando las manos al cielo, los exhortó á que conservasen el amor de Dios, el cual era el alma de su instituto; á que guardasen con suma puntualidad todas las reglas; á que nunca desmintiesen aquella rigurosa y perfecta pobreza, que era su distintivo y su carácter; á que conservasen con fidelidad y con infinita sumision la fe de la Iglesia romana; á que profesasen tierno y ardentísimo amor á la santísima Virgen, su querida madre, y á que mantuviesen entre sí una inalterable caridad.

Estendiendo despues el santo patriarca los brazos, y poniéndolos en forma de cruz, suplicó humildemente al Señor que echa-se su bendicion sobre todos sus hijos, y que los cuidase en lugar de padre. Mandó que le leyesen la pasion de nuestro Señor Jesucristo, segun el Evangelio de S. Juan; y despues de ella comenzó él mismo á rezar con voz lánguida y moribunda el salmo 141: *Voce mea ad Dominum clamavi: Clamé al Señor con mi voz, implorando su asistencia. Effundo in conspectu ejus orationem meam: Derramo mi corazon delante de él, y le hago presente mi afliccion. In deficiendo in me spiritum meum: Viendo que me va faltando el espíritu, acudo á vos, Dios mio, que tenéis tan conocidos todos mis pasos. Clamavi ad te, Domine, dixi: tu es spes mea, portio mea in terra viventium: A vos, Señor, dirijo mis clamores, diciendo á voz en grito: tú eres mi esperanza, y tú mi herencia en la tierra de los que viven. Habien-*

do llegado al último versículo: *Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo: Libra, Señor, mi alma de la prision de este cuerpo, para que confiese incesantemente tu santo nombre: todos los justos esperan que me hagas misericordia, dándome lugar entre los escogidos: al pronunciar estas últimas palabras espiró tranquilamente en manos de sus hijos, sábado 4 de octubre del año 1226, á los cuarenta y cinco de su edad, el veinte y nueve de su conversion, y diez y nueve de la fundacion de su órden.*

Apenas espiró S. Francisco cuando pareció haberse comunicado al cuerpo la gloria que gozaba su benditísima alma, exhalando aquel un suavísimo olor que llenó de fragancia toda la celda. No se oía por las calles de Asís otra cosa que estas palabras: *Murió el Santo.* Todos vieron á su satisfaccion las sagradas llagas ó señales de las suyas que había impreso nuestro Señor en manos, pies y costado de nuestro Santo. Fué llevado el santo cuerpo primero al convento de S. Damian, que era el de Sta. Clara, para satisfacer su devocion y la de sus hijas; y de allí fué conducido como en triunfo á la iglesia de S. Jorge, donde había sido bautizado, y donde se le dió sepultura. En vista del prodigioso número de milagros que obró Dios en ella, el papa Gregorio IX, antes cardenal Hugolino, grande amigo del Santo, y testigo ocular de su eminente santidad, le canonizó dos años despues, el de 1228, el día 17 de julio, con estraordinaria solemnidad en la misma ciudad de Asís. Luego que se acabaron las funciones de canonizacion, se abrieron los cimientos de una magnífica iglesia, y el mismo papa quiso poner la primera piedra, acabándose en menos de dos años el suntuoso edificio; y el de 1230, cuando se celebraba el capitulo general, fué trasladado el santo cuerpo á la nueva basilica el día 25 de mayo, y colocado en una bóveda debajo del altar mayor. Encontróse el cuerpo entero, y sin haberse descarnado ni consumido, y se dice que se conserva de la misma manera sin corrupcion, manteniéndose en pié sin ningun arrimo, con los ojos abiertos, y un poco levantados al cielo, y la sangre de las llagas roja y líquida. Doscientos y veinte y tres años despues de su muerte, el de 1449, le vió en esta misma postura el papa Nicolao V acompañado de un cardenal, de un obispo, de su secretario, del guardian del convento, y de tres religiosos, como todo consta de auténtico instrumento.

Aunque este gran Santo no se aplicó mucho al estudio de las ciencias humanas, lo suplió Dios con la luz sobrenatural y con la ciencia infusa que le comunicó, no menos que con los divinos arcanos que se le manifestaban en la íntima y continua comuni-

cación que tenía con el Señor. Además de eso tenía una excelente capacidad, y poseía una elocuencia natural, que se dejaba traslucir por entre los celajes de su profunda humildad, y aquella santa simplicidad que observaba perpetuamente en sus palabras, y en todos sus modales, en sus *Sermones*, en sus *Conferencias espirituales*, en sus *Instrucciones monásticas*, en aquella admirable obra, que se llama *el Testamento de S. Francisco*, en sus *Cánticos espirituales*, en sus *Advertencias*, y en algunas otras obras devotas de nuestro Santo, que se han dado á luz, se descubre aquella ciencia de los santos, que solo Dios comunica, aquella sabiduría y aquella sublime inteligencia que son dones y frutos del Espíritu Santo.

SAN HIEROTEO EL DIVINO.

Los autores griegos, que escribieron comentarios sobre los libros de S. Dionisio Areopagita, confiesan, que el divino Hieroteo, á quien el mismo S. Dionisio llama su maestro, y se precia de haber sido su discípulo, fué español de nacion, y que S. Pablo le convirtió. Simon Metafraste dice que gobernó en España algun tiempo, aunque este autor mudó algo el nombre, llamándole Filoteo; y esto sucedió, porque el nombre propio de este Santo no era Hieroteo, antes los griegos se lo pusieron, y quiere decir el consagrado á Dios, ó cosa semejante, que por esto tambien le pusieron título de divino, por ser su doctrina divina, y muy santa su vida. Suidas y los comentarios griegos dicen que escribió S. Dionisio la vida del divino Hieroteo. El calendario griego le nombra obispo de Atenas, y pone su día en 4 de octubre, lo mismo que el Martirologio romano. Que fué español, y que le convirtió S. Pablo, es cierto; mas S. Dionisio dice de él que predicaba á Cristo en Jerusalem, antes que S. Pablo viniese á España; y así sería de los que dice S. Lucas que estaban en Jerusalem de todas las naciones del mundo. Escribió varios libros de ciencias eclesiásticas, los cuales se han perdido. (*Villegas.*)

La misa es en honor de S. Francisco, y la oracion la que sigue.

O Dios, que por los merecimientos de S. Francisco fecundaste á tu Iglesia con una nueva familia de hijos; danos gracia para despreciar á su imitacion las cosas de la tierra, y para colocar siempre nuestra alegría en la participacion de los dones celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap 6 de la que escribió S. Pablo á los de Galacia.

Heranos: Léjos de mí el que gloriarne en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó heranos, con vuestro espíritu. Así sea.

REFLEXIONES.

No quiera Dios me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué pocos cristianos del mundo tienen hoy este lenguaje! Sin embargo, este debiera ser el mas común á todos los cristianos, ó por lo menos es cierto que ningun otro los conviene mejor. Desde que Jesucristo se dignó consumir el misterio y la obra de nuestra redencion en el ara de la cruz, la cruz debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles. A la verdad, no nos debe distinguir ni la nobleza de la sangre, ni el esplendor del nacimiento. Delante de Dios no constituye nuestro mérito ni la elevacion del puesto que se ocupa, ni la dignidad del empleo que se ejerce, ni la abundancia de los bienes que se poseen y disfrutan. Gloriarse en esta casta de bienes advenedizos, por decirlo así, es hacer vanidad de una gloria forastera. El valor de esta casta de bienes es arbitrario: segun el espíritu del cristianismo se consideran bienes fallidos á la hora de la muerte. El que entonces no tiene otros fondos, siempre muere pobre, ó insolvente, como se dice. La cruz de Jesucristo ennoblee al hombre por toda la eternidad; es un título de distincion, admitido por el mismo Dios, es un insondable fondo de méritos, es un verdadero tesoro, pero tesoro profundamente enterrado para innumerables cristianos. La cruz, dice el Apóstol, es materia de escándalo á los judíos, y asunto de hurla á los gentiles; pero pregunto, ¿es hoy mas estimada, ni mas venerada por la mayor parte de los cristianos? *No quiera Dios, dice el Apóstol, que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.* Esos grandes del mundo, criados entre el esplendor, las diver-